

LA DISCUSION

DIARIO POLITICO, COMERCIAL Y LITERARIO.

Oficina y Redaccion, calle de Buenos Ayres No. 201.

Precio mensual, 1 patagona. El del año, 10.

Condelones de la Suscripcion.

La suscripcion de este Diario vale Dos Pesos Fuertes al mes.
Cada numero suelto Un Real Fuerte.
Toda correspondencia de interes general se publicará gratis.
No se admite ninguna Solicitud que envuelva personalidad o ataque la moral pública.

AVISOS.

Se reciben en la Imprenta del Diario, calle de Buenos Ayres No. 201, y en la Librería de D. Gregorio Ibarra, calle de las Américas No. 92 hasta las cuatro de la tarde.

Administracion General de Correos.

SALIDAS Y LLEGADAS.

Desde el 15 del presente Octubre se cerrarán las Bajas para los Correos del Interior de la República, en los días siguientes:

Para Santa Lucia, San José, Dolores, Soriano, Mercedes, Tránsito, los días 2, 8, 12, 18, 22, y 28; y llegarán los días 5, 9, 15, 19, 25, y 29.

Para Santa Lucia, San José, Rosario, Colonia, Carmelo, Nueva Palmira, Piedras, Canelones, Florida, Durazno, Potosí, Tacuarembó, y Minas los días 1, 11, 19, y 27; y llegarán los días 3, 10, 17, y 26.

Para Corrientes, Artigas, Pando, Maldonado, San Carlos y Yaguajay, los días 1, 9, 14, 19, 21 y penúltimo de cada mes, y llegarán el primero, 6, 11, 16, 21 y 26.

Para Treinta y Tres, los días 1, 11, 19 y penúltimo de cada mes, y llegarán el primero, 11, 16 y 26.

Se previene al público que las Bajas serán cerradas sucesivamente a las 5 de la tarde en los días indicados desde el 15 de octubre hasta el 30 de marzo siguiente.

Después de estas horas las cartas que se hacen en el buzón de la administración general, quedarán detenidas hasta el próximo correo. Montevideo, Octubre 12 de 1861.

Prudencio Echegaray.

MENSAGERIA ORIENTAL.

EN MONTEVIDEO, CALLE DEL URUGUAY N.º 25.

Fechas de salidas y entradas a esta capital de todas las Diligencias del interior de la República, con mas las salidas de cada uno de los pueblos de la república.

Para Canelones.

Con escala en las Puercas, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para Santa Elena.

Con escala en las Puercas, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para San José.

Con escala en SANTA LUCIA, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para Durazno.

Salida de esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para Colonia.

Con escala en SANTA LUCIA, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para Paraguarí.

Con escala en SANTA LUCIA, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para Mercedes y Esch.

Con escala en SANTA LUCIA, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

Para Maldonado.

Con escala en PANDO, saliendo a esta capital los días 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, y 31; y llegarán los días 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27, 31, y 3.

ESTERIOR.

Italia y Garibaldi.

Por EMILIO CASTELLAR.

1.

El siglo presente está destinado en los consejos de la Providencia a ver uno de los mayores milagros que registrará la historia: la resurrección de Italia. No hay dolor en el mundo que pueda compararse al dolor infinito de esa patria del genio; no hay lamento que, como su lamento, haya sido exalado por un coro de artistas, y repetido por toda la sucesión de los siglos. Hara, ciertamente, era ya de que cesasen sus martirios, de que se cerraran los calabozos que habían atormentado a sus preclaros hijos, de que los jénios italianos dejaran de ser una raza sin hogar, obligada a andar errante de nación en nación, y a morir lejos del amado cielo de la patria.

Subió con el pensamiento a contemplar lo que fué Italia en otros tiempos, y lo que ha sido en el presente siglo, y a los mil y confusos, apenas polvos medir los cambios de la suerte.

Florenza, la madre del Dante, de Macquavelo, de Galileo, apenas podía presentar mas que sus sepulcros y las elegías que como otras tantas imprecaciones, se elevaban sobre las cerradas losas de esos sepulcros al airado cielo, que no lucía ni con un rayo de esperanza.

Milan, la ciudad de la corona de hierro, que codiciaron todos los poderosos del mundo, era un cuartel austriaco.

Niza, que con sus naves, unió el Oriente al Occidente; Bolonia, la primera ciudad que dió al mundo las tablas del derecho; solitaria y triste, apenas veían mas que el peregrino extranjero que iba a renovar en sus sagrados muros antiguas memorias, o a meditar sobre el dolor y la muerte en sus tristes cementerios.

Nápoles, dormida al pie del Vesubio, entre flores y espumas, no era mas que la impura mancha de los despotas.

Roma y Venecia, aquellas ciudades que dominaron el mundo la una en la antigüedad, los mares la otra en la Edad Media, se ven holladas por estrajera gente todavía, comidiendo que no se ha concluido el martirio de Italia.

Y ya era hora de que la guerra cesase de que no derramaran mas lágrimas. Las madres italianas ni mas sangre sus hijos; de que el jénio allí tan solo destinado a entonar dolores y lamentos, tuviera aire para su voz y sus alas, de que dejara de ser el cuadriltero como la bola de hierro puesta a los pies del cañón; de que Venecia no viera pasar por sus celestes lagunas los bárbaros descendientes de Ati-

nes tan amables, dijo el señor de Liancourt, que me siento lleno de confianza por ustedes.

Y se frotó la espalda con un gesto de dolor.

—La justificaremos, dijo Pontis.

—Es menester decir a ustedes desde luego que el señor de Estrées y yo deseamos vivamente ese casamiento, pero la futura no parece tan encantada.

—Las jóvenes a veces tienen caprichos, dijo Esperanza.

—¿Saben ustedes por que la señorita de Estrées me desecha?

Esperanza y Pontis, después de haber mirado al señor de Liancourt de arriba abajo, cambiaron una mirada que significaba:

—Bien lo adivinamos!

—No me acepta, presiguió el futuro marido, por que en este momento cierta persona la obsequia.

—¿Que dice vd?

—Un gran personaje, que le envía mensajes y billetes.

—¿Esta usted cierto de ello?

—El otro día sorprendí.

—¿Un billete?

—No, ¡oh! no. ¡Matar a un oficial de Su Majestad! No, en verdad, tal no era mi intención.

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

—Estoy herido, y no puedo moverme de la cama, dijo este con tono áspero.

—Por consiguiente circular por la noche cuanto quiera en el jardín. Adios señores, adios. Consérvese usted en buena salud, señor Esperanza; guárdeme usted el secreto, ¿no es verdad?

—Comprendo, dijo Esperanza, usted

quería aprovechar la sorpresa para romper todo con su suegro.

—¡Oh! no. Mas romper con el señor de Estrées, perder a la señorita de Estrées, ¡una niña tan encantadora, un partido tan lucido!

—Entonces, ¿qué quería vd. hacer pues? preguntó Pontis viendo a Esperanza fruncir las cejas.

—Quería estar seguro... muy seguro... eso me hubiera servido mas tarde.

Los dos jóvenes se miraron.

—O sea aliado usted pues, replicó Pontis, es como si usted lo estuviera.

Principiaré de nuevo mi prueba, dijo el señor de Armeval; y ahora que somos amigos, ustedes me ayudarán en caso necesario.

—Para ser desagradable a una mujer, dijo Pontis, no hay cosa que yo no haga.

—Gracias, gracias, querido señor! ¿Y usted, señor Esperanza?

